29 domingo ordinario - C - Lc 18,1-8 16 octubre de 2022

¿Qué dice[[1]](#footnote-1) Monseñor Romero a partir de este texto del Evangelio?

*“Solo hundiéndonos en momentos de oración íntima con el Señor es cuando aprendemos a ver en el rostro del hombre, sobre todo el más sufrido, el más pobre, el más harapiento, la imagen de Dios, y trabajamos por él. Solo desde la contemplación de la plegaria podemos percibir una fuerza del Espíritu, que es la que va entretejiendo la historia.”*

Monseñor Romero habla con frecuencia sobre la oración en la vida de la Iglesia. "Señor, enséñanos a rezar", así es como puede comenzar siempre nuestra oración. En esta cita dice que sólo a través de la oración en el rostro de los pobres surge la imagen de Dios mismo. ¿Cómo podemos entender esto? Bastantes familias viajan a países lejanos, también en el sur de la tierra, es decir, donde vive la gran mayoría de los y las pobres. Muchos volverán de su gran viaje y no habrán visto a ningún pobre, porque las y los turistas no están interesados en encontrarlos. En América Latina, los políticos tienen la costumbre de visitar zonas marginales y zonas empobrecidas durante las campañas electorales, diciendo que quieren conocer las necesidades de la gente (aunque lleven años en el parlamento o el gobierno). Se trata entonces de un reparto de gorras, camisetas, juguetes, incluso cepillos, láminas de zinc, “pollo campero”,.... y sobre todo un montón de promesas: si votas por mí, entonces .... Tampoco "ven" realmente a los pobres. Hay que tener el valor de ir donde ellos/as, de escuchar, de sentir, de ver, y luego iluminar todas esas experiencias en la oración. Quien se arriesgue a hacerlo verá el rostro de Dios en el rostro de los pobres, escuchará la Palabra de Dios en sus palabras, experimentará la cercanía de Dios en su presencia. Sólo entonces podremos dedicarnos a ayudar a realizar el sueño de Dios para el mundo, donde sea bueno vivir para todas las personas.

*“Como la viuda del Evangelio de hoy, no temamos ni la iniquidad de los jueces ni la parcialidad de los que hacen las leyes únicamente a favor de ciertas clases que pueden influir y no dialogan con el pobre que, como la viuda, se acerca para pedir un mejor salario para poder comer, una vivienda siquiera para dormir en las horas intemperies. “*

En la mayoría de los países, el poder judicial es el eslabón más débil de los procesos democráticos. Los magistrados no son elegidos por el pueblo, sino, según la legislación nacional, por órganos intermedios (Consejo Superior de Justicia, Asamblea o senado, etc.). En los países en los que un partido tiene mayoría absoluta (durante periodos seguidos), llegan al poder judicial magistrados que responden más al partido político y a su ideología que a la responsabilidad ética y a la capacidad profesional real de impartir justicia. Monseñor Romero habla aquí de la injusticia de los jueces y de la parcialidad de los que hacen las leyes para favorecer a ciertos sectores (ricos y por tanto poderosos) de la sociedad. Al mismo tiempo, nos pide que no tengamos miedo de esos jueces ni de esos legisladores. Sabe que la gente tiene todo el derecho a levantarse para pedir respeto, un salario digno, una vivienda decente, una buena asistencia sanitaria, una educación de calidad, que se garanticen los derechos políticos fundamentales... En otras ocasiones, el arzobispo ha defendido el derecho a la organización popular y ha llamado a los pobres a despertar, superar el miedo, organizarse y reclamar sus legítimos derechos. Especialmente cuando las leyes responden a los intereses estratégicos de un determinado partido político e ideología, y cuando los magistrados responden más bien a órdenes que vienen de arriba, no es fácil para la gran mayoría de la población defender sus derechos políticos, económicos, sociales y culturales. Es necesario superar el miedo para dar el paso hacia una nueva iniciativa de las organizaciones populares. Monseñor Romero refuerza el ejemplo de la viuda pobre del Evangelio que no renuncia a insistir ante ese juez injusto.

*“Una personas que no es de nuestro país me dijo que llamaría nuestra arquidiócesis “Iglesia soñada”. ¿Y por qué – le digo – Iglesia soñada? “Porque he venido a encontrar aquí en esta arquidiócesis una Iglesia que ha puesto su fuerza en el poder de Dios, en el deseo de ser auténtica Iglesia, en el valor de desprenderse de aquellas cosas que antes tal vez la hacían poderosa, pero que o era la fuerza de Dios. … Sigamos haciendo de nuestra diócesis la Iglesia soñada, la que soñó Cristo al ponerla toda ella amparada en su propia debilidad, amparada en la fuerza de Dios que le viene de la oración.”*

¡Una Iglesia soñada que puede crecer a partir del poder de Dios que proviene de la oración! La historia de la viuda que no deja de llamar a la puerta es, para Mons. Romero, una invitación a no dejar nunca de rezar. Por supuesto, no se trata principalmente de recitar y repetir fórmulas de oración fijas (aunque a veces pueden ser una ayuda importante) o de leer y reflexionar sobre textos de oración (oficiales o no). Orar es abrirse a la Fuerza de Dios que puede irrumpir en nuestra oración. Esto sólo es posible en la tensión salvífica entre el rostro de los pobres y el silencio de nuestra oración.

La Iglesia reza desde su propia debilidad. Hoy más que nunca sabemos que es sano y evangélico, (ya) no estar atado a las ventajas y poderes materiales y políticos. Hoy, más que en el pasado, sabemos que en realidad somos muy débiles como Iglesia porque nuestro testimonio es regularmente demasiado débil o incluso se ha convertido en un contra testimonio. Se trata del tesoro más precioso (Dios que se hizo hombre para manifestar todas las fuerzas vitales de nuestra humanidad en el camino hacia su Reino de justicia y paz) que tenemos que llevar en jarras muy frágiles. "Con todo llevamos este tesoro en vasos de barro para que todos reconozcan la fuerza soberana de Dios y no parezca como cosa nuestra." (2 Cor 4,7).

Cada nueva generación se nutrirá de las fuentes de la Escritura y de los momentos más fuertes y evangélicamente más fieles de la tradición eclesial para rezar desde los pobres de hoy para que la Fuerza de Dios irrumpa en nuestras acciones, en nuestro discurso y en nuestro silencio, en nuestras opciones. De esta manera podemos trabajar hacia el sueño de Jesús para sus seguidores, signo e instrumento del Reino de Dios, del que tanto habló en parábolas. ¿Nos atrevemos a comprometernos hoy a ser esa "iglesia soñada", ese lugar donde se vive el Evangelio como sal y levadura y luz en la sociedad de hoy (¡no de ayer!) y de mañana? Como cristianos orantes y comunidad de cristianos orantes, nos atreveremos a arriesgarnos a nuevos caminos en el compromiso, en la liturgia, en las opciones, en la presencia. Ya no tendremos que confiar en la tradición y las costumbres, sino en la Fuerza de Dios mismo, que hace nuevas todas las cosas. Quizás el sueño de Juan XXIII de una "iglesia de los pobres" pueda ser inspirador para hoy.

**Algunas preguntas para nuestra reflexión y acción personal y comunitaria.**

1. ¿En qué medida logramos orar desde y en estrecha comunión con los y las pobres? Podemos recordar con gratitud cómo el rostro de Dios se ha hecho visible en nuestra oración a través del rostro de los pobres que nos rodean.

2. ¿Qué hacemos para fortalecer y apoyar la lucha de los pobres en el mundo? ¿Cómo podemos, como Iglesia, animarles fielmente en su lucha por la justicia para que ni ellos ni nosotros nos demos por vencidos?

3. ¿Cuál es la "Iglesia soñada" para nosotros, a nivel local, en nuestro país y en todo el mundo? ¿Qué necesitamos soltar urgentemente para que la Fuerza de Dios nos toque de nuevo y nos ponga en el camino de un nuevo futuro?

Luis Van de Velde

1. Tomado de la homilía de Mons. Romero el 29 domingo ordinario del año C, el 16 de octubre de 1977. [↑](#footnote-ref-1)